

guillermo cosarinsky + matila
grasa negra

la vibora que faltaba

Vamos a ver cuántos dedos tengo en la mano, estertor de mis días. Salgamos del paso cortado. Hablemos del espíritu, hablemos por hablar. Hablemos porque podemos. Porque tenemos al habla sitiándonos la lengua y a estos dedos que hospedo en la mano. A ver si Dios está en todos lados, como prometen las viejas del barrio. A tender un puente entre mis dedos y la consigna de la furia. Abracemos lo inaudito, rochemos su lija tierna de asperezas amigas. A ver si su calidez negada nos apura hacia el olvido.

Cuánto latifundio, cuánto militarismo, cuánto besuqueo recluso entre las trincheras de la dentición. Es la hora de inducir al mal, de pincharle la cola, de aguzarle las garras, de estirarle las alas para que nunca más se cierren, para que jamás se arrugue el presuroso brío de la imprecación.

No tenemos más que trepar el sendero hacia la excusa. La palabra que nos sane las heridas vendrá envuelta en la tela de los mártires. El juicio desdecido de estos nombres deberá trabar la lanza que permite los abrazos. La exacerbada llaga de los nudos, la vista bruna de atracar en el barranco. El dulce antojo de encontrar un gusarapo andándonos las rodillas. Así mismo, los vuelos parados, la ensoñación de un prelado. Lo siguiente proviene de la espera. Y la espera se detiene en pleno vuelo.

No será el óxido la estúpida distancia, la trémula palabra hospedada en el vientre ni el ácido cobarde empollando sus buenas noches. Seremos los prendidos rebrotes, los encelados rayos, los días nacidos del Sol. Tal vez la cara, que asemeja la semblanza malnacida, transpire sus pómulos con el caldo hervido de la desgracia. Nunca es tarde para decidir retornar a lo indomable. Pero siempre es tarde. Y siempre es tardíamente lejos. Más allá, hacía el fondo de lo que asoma. Allí hay un velo que quiere ser rasgado para mostrarnos el largo muslo del viaje provocado. No tan rápido, que la estima no es tal cuando lastima. Que la sucedánea esfera de las cosas alocadas nos espera impaciente. Hasta el próximo bosque. Hasta el seco arroyo dolorido. Hasta la garganta sigilosa. Allí, hay un nombre que se pronuncia lentamente. Langsam: abrir la boca y suspirar un terremoto. Necesitar. Adecuar la poesía.

El indolente testimonio que cede la caza, la flaca captura, nos invita a dilatar las lenguas y rozar los mendrugos. Este botín de guijarros es adusto, sabe a tierra y siesta de domingo. Los días están listos para la batalla, pero nosotros no tenemos escudo. Y la tierra, hablando monerías tras la lluvia. Todo el clima susurra un enojo. El viento es un tigre agazapado. La nieve abraza tumbas. El miedo sorbe su huesuda sopa. Capaz que la esperanza podrida se eleve por sobre los cantos irradiados de la situación reinante.

Ansias de nada y retorno. Volver a la crisálida. Regresar al apetito gomoso de la gestación, a lo que se está formando, el presente deforme. El territorio borroso en donde la línea no se almuerza a sí misma. El hecho a medias. Lo maduramente incompleto. La certeza flotante. El palpable peso de un suspiro. La incorpórea médula de aquello que pugna por permanecer condenadamente ausente.

Volver a la capital. Abrazar a los que abrieron el parto. Condenar a muerte a esta manzana que nos ha contagiado su putrefacción. Una escalada de moho farsante que culebrea nuestras barrigas, que nos amuralla los oídos con el cemento del método. La costumbre es un periplo prolijamente asfaltado con el resoplo estricto de los gusanos. Veremos caer a las babas del general, de tanto recorrer este camino. Si tenemos suerte, un péndulo nos abrirá el hueso de las resonancias. El vaivén tendido en el pasto, la dura cabeza erguida. Es el cutis escamoso, atravesando las horas recortadas, llamando a los quemados.

Ante tal espectáculo, nos vemos restringidos a la inacción. A ver pasar las horas en su carromato destartado. Y gritarles. Nunca escuchan. Subirá un telón en cada silencio abandonado. La palabra secreta, la que abre la vida, es siempre, un grito. Estallamos entonces. Que así sea.

No veo la hora, ahora que es lejos, de repetir la mirada, de tomar lo que queda embarrado. Refulgir y hasta la vista. Amurar, amamantar, y mentir. Sueño que viajo estrechando las penas de aquellos miserables que encuentro en el mar, el dolor de sus vidas me recorre las manos en forma de llagas. Trato, en vano, de corregir esta desgracia. ¿Pero que desapego es más grande, que este que nos une? Una fosa incolora de sorteadas reverencias. Un picaporte que pronuncia mal tu ausencia. Y si sigo lloviendo, no me voy. Si abro la puerta, me perpetúo. Caigo al costado del día, anochezco en tu vientre. Tarde se nos hace. Ante el barro, perdimos. Derramamos la lentitud, el espeso moco entre los pasos.

Aparte. Esto es tan rico. La rabia, la lluvia. Grises universos simultáneos. Tristes quesos oxidados. Una última yerba para este mate errante. Tengo frío en las encías y la matemática me ha dejado. Ambas cosas me apetecen, pero no puedo mirar. El lápiz se está quedando con mi mano. Serrucho la tinta y me nace un decir. Electrocuto al verbo y me brota la piedra de toque. No hay sepulcro para el deseo. Tu tumba, faraón generoso, será cadalso para mis días. Así las cosas, no cabrá otra esperanza que la posibilidad. Vomitemos a río abierto sobre la encogida prudencia de una boca atrancada, inoperante, secándose en la árida viña de las palabras justas. ¿Qué ley cobarde abrigás en el verbo? La piedad no sirve, en estos tiempos rancios, para otra cosa que no sea barrer las migas. ¡Qué las migas barran, inclementemente y de una vez para siempre, el utilitarismo guardián que paraliza a los mal llamados objetos! En el desorden de una habitación, las cosas conspiran. Entre la conspiración y la respiración, entre la inspiración y el desorden, entre la llama y la burbuja, todo esto se levanta. ¡Abrazad, queridos condenados, a la bravura que se inflama debajo del mantel! La mesa nunca más estará servida. No habrá ya un sólo destino idiota para los platos. Los cubiertos dejarán las púdicas profundidades de su prisión y se mostraran orgullosos, radiantes en cada ángulo de su constitución desnuda.

No somos, antes que desear el prurito de las tardes, más poca cosa que el elefante que se pasea, trompa enhiesta, por los jardines del obispo. Cinco intensos vergeles, vagándole su trompudo sermón al hombre de plegada fe. La mirada, posada en la mama, trama sus albuces de alquitrán. Y los lejos, los mejores, sudan su gol

de feria ahogada. Me encuentro zambullendo al pensamiento, ansiando que el agua se trague lo que resta de vergüenza. La trombosis se acerca. Nos acecha un succulento guiso de victoria. Hemos adobado un padre nuestro y una flemática exaltación malversó el celestial tuco legislativo.

Triste momenta ha llegado, pelotón de los raviolos. La turca rabia de tu hemorragia. Siento tibia la ojeada al dente, pronta, la cacerola de los madrigales. Tutankamón, Tupac Amaru. Vengan, alumbren este fuego, tuesten un poco esta transitoria alegría. Vamos, cómanse un fémur joven. Beban sin rigor el vino melindroso de las axilas. A trepar, muchachos. Que la giba es vieja, pero la miel tiembla ante la premura de la carne fresca. Hay que mascar esos dientes, duro con los caninos. Queda una sospecha de jugo detrás de los callos. Bravo por el cartilaginoso empacho de esta fosa nasal. Hasta nunca, viajero espástico. Que el zorrino de la ausencia te pille las puertas del ocaso. Que el copioso perfume del subsuelo inunde tus ajados párpados con las calandrias de pasado mañana. A ver si la luz que te amanece la tarde del domingo, es suficiente para abrir tus pulmones y desglosarlos en palabras. Tejen mis iletradas barbas, constelaciones con tu doble. El letargo amado, habrá de ver sus llagas desmontar la primavera.

Nos han buscado en un pozo, pero no en su oscuridad. Maltratar no es cosa de hombres, sino de palomas. Tengo robado el nido y el plumaje besuqueado. Mi madre me ha alimentado con la cera de los nombres. Un trabado caldo de audiciones. Lamentar los cerros mañaneros que fuman los brotes de esta nada. Pero no lloriquear, pitarse lo lamido. Hasta el estudio del estornudo. Una espasmódica tesis para el humo. Todo lo que los santos lloren esta mañana. Bendito albor de las cúpulas desoladas, carcajeo en tu perfil. Besos que sanan la furia de la jauría. Roces mojados en las auroras de un anidar perdido. Hasta los peces lloran si les tocan el culo. Es la tranquera pelágica. No hacer pie en un ano excursionado. Tomates y focas. Un año de pestilencia, treinta de añoranza. Los incipientes meses rojos tienen el cuero radiante. Todos somos ratas en este día. Y volar no es nuestro negocio. Nos hemos revolcado en un sebo con bigotes. Untados con la muerte, felices partiremos hacia una dadivosa corrupción de los domésticos ambientes.

Levitan y sacuden su animosidad. Para romper lagartos. Lavar el río, secarlo, y no tener más que decir. Nunca hablar de lo que se posee: a eso, dejarlo ir. Desertar la palabra. Hacia el silencio, en el silencio, nombrar lo que se desea. El deseo es impronunciable.

Tapar el codo de la brutalidad. Desmembrarla. Hacer del miembro un nuevo codo, y articular un nuevo mundo. Un mundo otro. ¿Y el puente? La sombra es una caricia por extensión. Una caricia para la tierra, para la arena, para el árbol, para la piedra. La sombra besa el cielo de una noche. Pero para el cemento, para la jaula, la sombra será un puñal. El puñal que abra las heridas mejoradas, la carne insultante de los ruiseñores. Es menester de nuestro juicio, revolear las monedas que nadie quiere repartir. Acá no hay ley que valga. Acá el libro, cabalga. La bestia, me olvida. Y su abrazo es el fuego que quema la carne de los pormenores.

¿A donde va el beneficio de morder? Vemos huir, lentamente, sin remedio, un sujetar que no es sujeto y nuestro ver no aferra, no fija nada. La nada, vieja amiga, se desenrolla como una exotérica alfombra en el polvo. Tiemblo. Remuevo la capa de aceite que me tapa los poros. Y así la piel anuncia su nueva alegría, ardiendo. Con la flama basal de los artrópodos, estiro la oblonga risa. Con el miedo, arranco las ramas de este árbol quemado. Me amo sin destrozar los gusanos que me aclaman. Me miro el movimiento de los ojos hacia adentro y advierto la fiesta de la carne, el sensual baile de los órganos. ¿Me conceden esta pieza? No. Nunca. Jamás. Tu mirada nos petrifica. Si quieres bailar, arrancáte los ojos. Me succiono las orbitas, me mastico el hocico. Y nada. Ni unos torpes pasos siquiera. La interna música sigue su tiempo. Sigue sonando mi intocable cuerpo festivo, renunciado en el sosiego sentado de un zócalo que no se exhorta a sentir el suelo.

Arrancar la paz. Abrir fuego, disparar todo el acalambrado mundo. Empezar la retirada. Reptar. Reptar. Reptar. Sacando la lengua. Tocando el aire. Inhalando el honorable cielo de emergencia. Sonoramente. Reptar. Escupir. Matar. Mear el viento de la democracia, hacerlo concha y sufrir las consecuencias. Consentir en que está dada la situación para escabullirse. Hacia un retro-parto por la vía del placer directo, el gemido original: la cueva matriz. Nombrar el grito que nos arranca la cabeza, hasta hacerlo grito de puro nombre. Perseguido llamar jamás cazado, forajido rastro incesante. El viaje que termina, a la vez comienza. Qué descaro. Tu pecho sangre te delata.

Atrás, hace tiempo, el viento dejó el rastro inánime que nos invade, impudicamente, en esta tarde maldita. Y se hizo vuelco fatal, vendaval de fuego ocupante. Vivir sólo para mentir a las focas no es vivir, es sólo

cerrar tratos con el diablo cada vez que llueve. El excluyente pacto es encerrar al diablo, aislarlo de estas aguas negras para no apagar sus pies. Advertir que en la orilla siguiente nos espera un succulento tiempo de derrotas. Escupir. La saliva sabrá encontrar su camino a través del barro.

¿Y qué es una derrota?

¿La fe quebrantada, desgarrada, fracturada, arrancada, rota, acaso? ¿La fe trasladándose? ¿El fémur en pleno desplazamiento? ¿Un murmullo desalojándonos las bocas?

¿Y la fe?

¿Será el hierro de las creencias?

Abrir. Cerrar. Devanar lo sesos. Mostrar el pescuezo. Rotular los deshechos. Desechar la rótula. Enojar la piel hasta ponerla roja. Cerrar. Cerrar. Abrir el viento. Que gruñan un ojo. Meta y ponga la poronga entre las matas, entre los yuyos, entre las hierbas crujientes, que laceran los miembros, que hacen de esta salvajada carnal una sangría verde. (Un mosto cavernoso aflora e impregna al anciano murmullo de los pasillos con toda la negrura balcánica de los tigres.) Mas no es esto, no es esto. No es esto lo que el viento me ha prometido. No es esto, nada de esto. Arranquen las palabras porque yo no les voy a entregar un pito.

Hay un vacío destituido de su presuntuoso trono hemorroidal, solo emperador flácido, cabizbajo. Un consumado vaciamiento de todos los atorados vagones que hilan al tren de la preocupación. Un hueco que nos dispone hacia la lamida más voluptuosa, infecciosa, del cuerpo immaculado, magnetizado por una sombra de savia subterránea. Hay un ocioso hueso del vacío que no sirve para nada.

Desde que el sueño es sueño, estos cañones miran, expectantes. Hay una batalla que revuela el suelo y muerde las hojas. Un rumor de quinientos motores bramando el anuncio de la destrucción. Es la tormenta después de la calma babeante, la mansa baba de almohada. Es la tormenta: el crujir de unos indómitos pasos en el bosque cloroformizado. Es la tormenta: con los ojos girados como picaportes, apoyando su duro sexo creciente sobre una desmayada mesita de luz. Es y atormenta: ya bosteza el estúpido calmante acalambrado que se va a dormir. Los niños abandonan sus correctivas camas-grilletes y apalean al horario de la protección. Buenas noches todo el día. Acá viene vivo el borrascoso carnaval. Un corso de arrogantes malsanos soplando sus trompetas de goma como monigotes oligofrénicos. Detrás, los sacamocos paramilitares con sus albóndigas petrificadas. Más allá, treinta y nueve culebras vestidas de fiesta sacudiendo las maracas que a duras penas logran anudar con el extremo posterior de sus cuerpos. Y la tormenta los iguala a todos con su desbocado ventarrón. Los empuja hacia el arco triunfal de la mierda misma. Un monumental culo ectoplasmático que excreta a sus participantes en la cacerola glacial del trabajo embutido, el chorizo de la profesión. Esencia que alcanza para destronar al rey de la molleja, destituir el imperio del chinchulín, y amasijar a toda la concurrencia en tren de guiso y saltimboca. Paráfrasis del colador, reminiscencia de los fideos.

Esta es la comida que desnute, que adelgaza al espíritu. Una comida que come y carcome. Un festín salivoso de masticaciones sin dientes, sin incisiones permisibles, sin paladeos. Un camposanto de papilas gustativas; el tozudo dejo de lo insípido. Cuesta comer en estas condiciones. La ingesta se hace dura como el paso de la boa a través de las cañerías. El esófago se niega, lucha, quiere imponer su voluntad de guardián del palacio estomacal. Y en esa dilación la panzada se taponan, acampa en el terreno medio de la digestión. El alimento robustece su materia, se hace piedra. Hincan su bandera negra el atragantar de buque seco, y la maraña se estremece exaltada hacia la cúspide, hasta la escandalosa polución de un gargajo atronador. La tormenta reniega y blasfema contra las paredes. Escupe, vomita, sopla toda su rabia geotérmica, el nudo estancado de su entraña telúrica. La batalla está empezando a dar sus frutos. La muerte se eleva triunfal para tener una visión privilegiada del espectáculo fatal. Es fecal el panorama. Un paisaje expectorado, expulsado, expirado, extinguido, exterminado. Un mortífero horizonte de desechos liquidados, aplanados, despreciados, repelidos, revelados. En esta sala de partos, también celebramos el fin. La tan rata sanción a este anfibio. La crujiente revelación de la captura. La especificación mediante la cual treparemos a los cónyuges. Y el viaje será el mundo al revés.

En la calma del fuego los tímpanos destruyen su quietud arrebujada. El bisonte amansa los pelos de la llave. Entre esos cabellos está la sal que deshidrata mis días. Está el ronroneo azul de un pianista del zarpazo. Está y no está el acorazonado temblor de los padres cuando los hijos queman todas las palabras y siembran

todos los enigmas. Estoy, y está tu sangre. Así: destruyendo. Así: refinando las palabras hasta que se vuelvan agujas de silencio.

Nos hundiremos sobre cada calle rancia para abrir otras sibilinas arterias, sin olvidar en la vida que la ciudad es una máscara de muerte. Los peatones tienen la prioridad de arrancar de cuajo las alas de los monumentos. Si yo no puedo volar, entonces volar está prohibido. Está volado el prohibir, violado por los aires. Revolveremos en la prohibidumbre las plumas negras de lo tácito. Nadie nos oirá despertar el gemidor vuelo.

Gestos que se levantan de sus tumbas, sin preocuparse por la prolijidad de sus despojos. Llegó la hora de desentonar. Llegó el no-tiempo de hablar la siempre lengua de los árboles, de decir el verde entre nosotros. La liquidez mediante la cual expresaremos la mentira que nos une. En este páramo olvidado, se ha puesto el sol sin decir adiós. Para dios nada, ni los astros. Ni un pelo solar para dios, tampoco la calvicie. Nada para dios. Nada de líquidos olvidos. Nada de expresiones. Nada de excreciones. Nada de verdades-mentiras. Nada de unidades. Nada de dichos-puestos-páramos. Nada de nada para dios. De dios, nada. Nada de dios. Nadamos. Alabamos a dios por no lamerlo. Lo cubrimos de la misma tundra que nos envuelve. Despojamos sus narices del temor a los pájaros-lobos. Y todo bien, todo tranquilo. Todo muerto. Todo quieto y alabada sea la quietud. Lavada, aseada, babeada la blanca esfera de dios. Pulcro dios sepulcral de nada junto al río, llorándole al río hijo que se mueve. El río camina y dios no. Dios es un clavado muñón hecho de mordazas. El río hijo crece y el padre no es el padre, el padre no es dios. Ríe el río, nada el río. Nada de adioses. Nadamos.

la vibora que faltaba

buenos aires

laviboraquefaltaba@gmail.com

laviboraquefaltaba.wordpress.com

diciembre 2012